

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
ISSN: 0213-4381 e-ISSN: 2605-3012

Volumen XXXV
Enero-Junio 2019
Número 67

SUMARIO

Presentación: *Bernardo Pérez Andreo* (Dir.)

SECCIÓN MONOGRÁFICA: *Lectura actual de una Teología de la Encarnación*

José Manuel Sanchis Cantó

La Trinidad inmutable se hace carne en la palabra: Dios en diálogo con el hombre. Elementos de Teología Patristica.

1-34

Martín Gelabert Ballester

Un Dios capaz del hombre. Humanidad en Dios, divinización del hombre

35-51

Vincenzo Battaglia

Umanità/Corpoeità e sensibilità affettiva di Gesù di Nazaret. Prospettive di ricerca per “re-dire” l’evento dell’incarnazione.

53-79

MISCELÁNEA

Miguel Álvarez Barredo

A vueltas con la redacción del Pentateuco y el escrito deuteronomístico.

81-128

Juan Fernando Sellés Dauder

El intelecto agente según algunos Maestros franciscanos del s. XVII: B. Matri y B. Belluti, L. Rabesano y J. Ponce

129-146

José Antonio Molina Gómez

Demonios y emperadores malvados en las concepciones políticas de la Antigüedad Tardía

147-160

Antonio Fernández del Amor

Dios en la poesía de Luis Felipe Vivanco

161-190

Desiderio Parrilla Martínez

Teología política y razón práctica en el debate entre Carl Schmitt y Erik Peterson. . .

191-210

Josefa Torralba Albaladejo

El estudio de la Religión en adolescentes como un ejercicio de teología aplicada . . .

211-226

NOTAS Y COMENTARIOS

Francisco Javier Díez de Revenga

“Cien años de periodismo religioso”, presentación de un libro de Francisco Henares Díaz. . . .

227-232

Francisco Javier Gómez Ortín

San Ginés de la Jara: ¡Hay moros en la costa!

233-236

Vicente Llamas Roig

Evolución cognitiva y emergencia de la persona

237-244

Francisco Martínez Fresneda

Nota sobre La revolución de Jesús, un libro de Bernardo Pérez Andreo.

245-250

DOCUMENTA

Manifiesto Fundacional de la Escuela de Metafísica de Madrid

251-252

BIBLIOGRAFÍA

253-298

LIBROS RECIBIDOS

301

La obra cuenta con una edición muy cuidada por Ildefonso Murillo, quien recibió el encargo de tomar el manuscrito, con correcciones de poco antes de fallecer el autor y ya para imprenta, y hacer de él un libro definitivo. Este manual bien puede servir para las personas que piensan tener una formación teológica sólida, pero también para todos los que quieran conocerse un poco más a sí mismos, pues pensar el sentido de la existencia y el devenir del mundo no es algo privativo ni de los teólogos ni de los creyentes, forma parte de la experiencia fundante de lo humano. Pensar la vida es la base para una experiencia humana verdadera, a eso ayuda esta obra que es un preclaro resumen de una vida, la del profesor Modesto Berciano.

Bernardo Pérez Andreo

Bermejo Rubio, Fernando, *La invención de Jesús. Historia, ficción, historiografía*, Siglo XXI, Madrid 2018, 796 pp, 14,5 x 22 cm.

Quizás sería interesante abrir esta recensión con una invitación directa: ¡lea usted, lea hasta el final, no se deje amilanar por las casi 800 páginas, pues hasta la última página tiene la intensidad de una obra escrita con pasión y urgencia! Ciertamente es que la pasión no debería ser la emoción predominante en un texto histórico y crítico, pero en este caso es una pasión que impulsa la crítica; aunque en ocasiones no encuentre la medida justa, la pasión que el autor ha mostrado siempre en su obra, se encuentra aquí perfectamente canalizada para la obtención de una obra que hace época. No encontrará el lector cierta acritud que otrora mostrara el autor; tampoco la acidez impetuosa del que ha encontrado una verdad y quiere convertir al resto a su nueva fe. Sí hay una clara toma de partido, pero justificada en datos y hechos, no en prejuicios; cosa distinta es que podamos compartir su toma de partido en todos los extremos.

Antes de pasar a una exposición serena de los logros, muchos, de esta obra, quiero hacer dos precisiones sobre su máximo acierto que es a la vez su más claro límite. Acierto: demostrar que la mayoría de aproximaciones al Jesús de la historia están lastradas por una preconcepción mítica que nos llega desde los mismos Evangelios. Límite: afirmar que todas las aproximaciones a Jesús son erróneas por tal lastre. Veamos la nota 61 de la página 622: “La trágica ironía de la situación de los estudios sobre Jesús es que la concepción tradicional del personaje, reflejo de la visión evangélica, es en tal medida inconsciente e implausible que basta con que el autor de turno introduzca alguna rectificación aquí y allá en algún aspecto de la imagen mítica –por minúscula que sea–, para que se sienta ya legitimado a presentar su trabajo como una obra de ‘historia’, y también para que el lector desprevenido adquiera la impresión de estar asistiendo al último grito de la crítica”. Esta nota constata el límite que creo que tiene la obra: afirmar que todos los que no compartan su posición de inicio están mitificando y mistificando a Jesús. Esta posición de partida tiene una base que la hace fuerte (aquí la segunda precisión que quiero comentar): sustituir los famosos y obsoletos criterios de historicidad por el paradigma que llama *indiciario*. Aquellos criterios partían de un prejuicio erróneo, que tras los textos había hechos reales que no habían sido modificados por la tradición y que podían excavar de tal modo que salieran a la luz. La tradición es ya una estructura que moldea los hechos, sean estos los que sean. El paradigma indiciario que propone Bermejo permite, en sus propias palabras “hallar una salida al *impasse* escéptico”, pues recurre, cual detective freudiano, a los elementos que dejan ver tras los textos la realidad que el autor en el fondo oculta. Los indicios son como “fisuras a través de las cuales cabe vislumbrar algo del pasado”.

El paradigma indiciario apela a patrones de recurrencia y al material embarazoso como medio para ver la historia que se oculta tras el texto. Un patrón de recurrencia no es, como en los criterios de historicidad, la repetición en varias fuentes de un mismo episodio, sino la presencia recurrente de una misma idea. Ahora bien, esta recurrencia debe, a su vez, cumplir dos criterios: que la idea goce de plausibilidad contextual y que no sea reductible a los intereses redaccionales de los autores. Es decir, que una idea que un autor manifiesta contra sus propios intereses y que está perfectamente contextualizada tiene visos de historicidad. El material embarazoso va por el mismo camino: si hay algo que el autor preferiría ocultar, pero lo muestra, es por ser, precisamente, histórico. El caso de la crucifixión, el del bautismo por Juan para el perdón de los pecados o la aparición del resucitado a María Magdalena, son casos claros de indicios históricos; no forman parte de los intereses de los autores y sin embargo están ahí.

La primera parte de esta obra (*La constitución de Jesús como objeto de investigación histórica*) concluye con la oferta de este paradigma indiciario como un gran logro para obtener una visión más cercana a lo histórico. Sin embargo, un historiador siempre deberá establecer una hipótesis de conjunto para dar una imagen global que luego explique el material que no se ajuste a ella, así lo reconoce Bermejo (p. 114). Al ofrecer la hipótesis de conjunto es donde el historiador se separa peligrosamente del material seguro de la investigación y donde puede introducir sus propios juicios, a modo de prejuicios. Ahora bien, si la hipótesis de conjunto lanzada es honesta, el historiador deberá reconocer los límites de la propia hipótesis. Bermejo lanza su hipótesis de conjunto basada en la reconstrucción histórica contrastada sobre el siglo I en la Palestina sometida a los romanos. Toda la segunda parte (*Hacia una reconstrucción crítica*) tiene la intención de lanzar la hipótesis de conjunto que legitimará su crítica a los intentos de crear *Un Cristo sobrehumano* (tercera parte) como un proyecto de historia ficción.

La hipótesis de conjunto de Bermejo es que a Jesús hay que entenderlo dentro del marco de los movimientos milenaristas y mesiánicos del siglo I, en el contexto de la “Cuarta filosofía” de la que habla Josefo y de la lucha entre el Imperio romano y el pueblo judío, vinculada a la propuesta profética de Juan Bautista. La crucifixión de Jesús (¿fue un acto colectivo?) y las esperanzas del pueblo, son la luz que permite leer cabalmente los textos evangélicos sobre Jesús. Creo que este marco para comprender a Jesús es el correcto, es más, sin él se cae, efectivamente, en la mistificación y la mitificación que ya dan comienzo, como bien advierte Bermejo, en los Evangelios. Sin embargo, es difícil compartir completamente la imagen que nos da de Jesús: un pretendiente regiomesiánico que se enfrentó (¿con armas?) al Imperio romano al predicar un reino davídico que se instalaría en Jerusalén y en el que él sería el rey de Israel. Para apuntalar esta imagen aporta los datos ciertos de la crucifixión y de los dichos de Jesús que van en la línea regiomesiánica, como pueden ser la oposición al pago de impuestos, la controversia con el Templo, o las radicales exigencias del seguimiento. Sin embargo, Bermejo deja otro material fuera por considerarlo parte del proceso de mitificación que se inicia en los Evangelios, como puede ser la nueva visión de la familia tan querida por autores como Crossan, o la propuesta de un Reino sin intermediarios, que desecha sin más por no ser acorde con la crucifixión colectiva y las esperanzas mesiánicas. Tengo la impresión de que lo que nos propone el autor es cierto si y solo si damos por válida la hipótesis de conjunto, pero si hacemos una hipótesis diferente, con los mismos elementos, tenemos una imagen de Jesús distinta.

Podemos ofrecer otra imagen de Jesús partiendo de una aporía en la propuesta de Bermejo. Él concede a Juan Bautista lo que no concede a Jesús, sin explicarlo. Jesús sería un fiel seguidor de la propuesta del Bautista, sin ofrecer innovación alguna, mientras que al Bautista

sí se le concede una novedad. Frente a los Esenios, que se marchan de Jerusalén para crear el pueblo verdadero; frente a los Fariseos, que permanecen en Jerusalén para reformar al pueblo, el Bautista propone una conversión del pueblo que suponga una nueva creación del mismo ('restauración nacional', dice el autor), sin ruptura radical y sin mera reforma de las instituciones. Jesús habría sido un mero continuador, un *Bautista resucitado*, como recelaba Antipas. Jesús continuó el movimiento de Juan y le dio cumplimiento *asaltando* Jerusalén y muriendo por ello. Los seguidores de Jesús quedaron consternados y con el tiempo *crearon* el mito de la resurrección para paliar sus disonancias cognitivas.

Sin embargo, creo que existe otra opción, utilizando el mismo material y el paradigma indiciario. Debemos partir del hecho de la crucifixión, pues es el que explica el resto del material. Nada que contradiga la crucifixión podrá ser histórico. Jesús fue crucificado por el Imperio por subversivo, como tantos otros antes y después, pero debemos conceder que el material evangélico sobre la complicidad de los dirigentes judíos es tan claro que no se reduce a una mera creación posterior para justificar al Imperio, sino que muestra, indiciariamente, que hay un hecho histórico. Es muy probable que Jesús vinculara a los dirigentes judíos del Templo y de Jerusalén con la opresión romana y que identificara el Templo y ciertas *tradiciones* como elementos a modificar, en la línea del Bautista, para construir un Reino que no sería davídico ni vinculado al Templo. Se trataría de un Reino que se construiría según las tradiciones de los profetas, vinculado a la experiencia previa a la creación de la monarquía en Israel. Es un Reino estructurado desde comunidades humanas en fraternidad, donde los últimos son los primeros, donde los pobres son los protagonistas, donde los varones eunucos y las prostitutas tienen la guía. Es un Reino de indeseables, de descartados, de miserables; es un Reino que rompe con las categorías regiomesiánicas de la época.

Reconocerá Bermejo esta aporía que señalo en su tesis, pues como historiador no puede dejar de considerar cualquier dato. Y reconocerá que su uso del material evangélico es, en ocasiones, sesgado, lo que le permite ir desechando las propuestas de otros investigadores, como Crossan, Dunn o Meier. Ciertamente es que Meier y Dunn hacen más teología que historia y que en ocasiones no justifican sus propuestas más allá de la fe desde la que trabajan, pero creo que es de justicia abrir la mirada para asumir que el material evangélico permite distintas imágenes de Jesús, también la de Bermejo, pero no en exclusiva. El Jesús de Bermejo no deja de ser una reconstrucción, bien fundamentada, magníficamente expuesta, soberbiamente justificada, pero una reconstrucción, que al fin, como todas, puede y debe ser matizada. Reducir a Jesús a un pretendiente regiomesiánico davídico es quitar a Jesús su fuerza histórica. Que fuera ejecutado en la cruz, hecho innegable, no obsta para que la propuesta de Jesús pueda ser alternativa a la propuesta del Reino en los movimientos mesiánicos y milenaristas de la época. Repito, ¿por qué concedemos a Juan lo que no aceptamos en Jesús? Si Juan pudo aportar una novedad respecto al judaísmo circundante (restauración nacional en la línea de los profetas preexílicos), Jesús también.

Bernardo Pérez Andreo

Brett, Mark G., *Political Trauma and Healing. Biblical Ethics for a Postcolonial World*, Eedermans, Grand Rapids, Michigan 2016, 248 pp, 15 x 22,5 cm.

El autor parte de la existencia de un trauma político en su país, Australia, donde los aborígenes sufrieron la persecución y hasta la casi extinción por parte de los ocupantes del